



PRENSA Y ESCRITURA EN LA POLÉMICA SARMIENTINA

PRESS AND WRITING IN THE SARMIENTINA POLEMIC

Andrea Alejandra Bocco

anbocco@gmail.com

orcid.org/0000-0002-8349-5293

Escuela de Letras
Escuela de Ciencias de la Información
Universidad Nacional de Córdoba
Argentina

RESUMEN

El artículo se centra en la polémica que sostuvieron Domingo F. Sarmiento (*Las ciento y una*) y Juan B. Alberdi (*Cartas Quillotanas*), en Chile, entre fines de 1852 y principios de 1853, sobre las responsabilidades de la escritura pública y de la política argentina. El texto sarmientino se aborda con más detenimiento para analizar la construcción del enunciador y el panorama que despliega sobre la prensa y la literatura. Se señala el montaje de una ópera bufa que Sarmiento realiza como estrategia de contraargumentación y se advierte que el sanjuanino concibe al periodismo como la escuela del escritor que moldea una lengua literaria propia. El debate avanza, y mientras Alberdi parece decir que la prensa debe supeditar su discurso al del proyecto del gobierno, Sarmiento defiende el espacio de libertad y de voz propia.

PALABRAS CLAVE

polémica, prensa, Sarmiento, Alberdi

ABSTRACT

The article centres on the polemic that they supported Domingo F. Sarmiento (*Las ciento y una*) and Juan B. Alberdi (*Cartas Quillotanas*), in Chile, between ends of 1852 and beginning of 1853, on the responsibilities of the public writing and of the Argentine politics. The sarmientino text is approached by more thoroughness to analyze the construction of the enunciador and the panorama that develops on the press and the literature. Distinguishes itself the assembly of a comic opera that Sarmiento realizes as strategy of counter argumentation and it notes that the sanjuanino conceives to the journalism as the school of the writer who molds a literary own language. The debate advances, and while Alberdi seems to say that the press must subordinate his speech to that of the project of the government, Sarmiento defends the space of freedom and of own voice.

KEYWORDS

polemic, press, Sarmiento, Alberdi

RECIBIDO

15 | 08 | 2015

ACEPTADO

08 | 10 | 2015

PRENSA Y ESCRITURA EN LA POLÉMICA SARMIENTINA

Por Andrea Alejandra Bocco

Los intelectuales argentinos asentados en Chile a partir de su exilio, entre 1830 y 1860 aproximadamente, expusieron sus conflictos (personales, generacionales, políticos, culturales, de nacionalidad) en la prensa. Como no podía ser de otra manera, en función de la clara matriz polémica que asume la escritura periodística decimonónica, encontramos debates importantes que cruzan los periódicos chilenos y que tienen como figura central, en gran parte de ellos, a Domingo Faustino Sarmiento. Pueden mencionarse, por ejemplo, la discusión sobre la lengua que mantiene con Andrés Bello;¹ la polémica sobre el Romanticismo que desarrolla, junto con Vicente Fidel López, contra Salvador Sanfuentes y José Joaquín Vallejo (Jotabeche);² o el cruce epistolar que sostiene con Juan Bautista Alberdi sobre las responsabilidades de la escritura pública y de la política argentina.

En esta oportunidad, nos detendremos en esta última polémica, recogida en los textos *Las ciento y una* (Sarmiento) y *Cartas Quillotanas* (Alberdi) para analizar la construcción sarmientina del enunciador y el panorama que despliega, especialmente, sobre la prensa y la literatura.

LA ORGANIZACIÓN DEL CIRCUITO POLÉMICO

El contexto personal e histórico en el que se intercambian las cartas tiene algunos antecedentes que resulta oportuno señalar. Sarmiento deposita todas sus expectativas en el cambio político instituido por Caseros, pero inmediatamente comienzan sus diferencias con Justo José de Urquiza. De hecho, viajará desde Chile para participar, eufórico, de la caída del caudillo entrerriano luego de considerar que este lo ha despreciado / depreciado.

En Chile, se abrirá un panorama de fuertes discusiones políticas, ya que muchos de los argentinos emigrados apoyan la causa urquicista. En esta línea, el 16 de agosto de 1852 se funda el Club Constitucional Argentino en Valparaíso, cuyo inspirador principal es Alberdi. El 13 de octubre de 1852, luego de la revolución del 11 de setiembre, Sarmiento publica en *El Mercurio* la «Carta de Yungay», dirigida a Urquiza, en la que adelanta muchas de las apreciaciones que verterá en *Campaña en el Ejército Grande*, el 12 de noviembre de 1852. Esta carta es reprobada por el Club de Valparaíso, el 19 de octubre de 1852. Como réplica, ese mismo día se funda en Santiago de Chile el Club de Santiago, bajo el ala de Sarmiento. Y con ello quedan definidos dos bandos.

En este contexto de rispideces, el 22 de octubre Sarmiento publica una crónica de los acontecimientos chilenos en *El Nacional*, de la Argentina, en la que plantea que el Club de Valparaíso tiene como objetivo, simplemente, asegurar el nombramiento de Alberdi como agente diplomático. El 26 de octubre aparece un artículo sin firma en *El Diario* de Valparaíso –cuyo autor sería Alberdi– en el que se ataca la ambición desmedida de Buenos Aires en contra de la República. Este artículo es contestado por Sarmiento en un opúsculo.

Ya está armado el circuito de la polémica. Polémica que tendrá un momento de fricción importante, sobre todo por la explicitación de los sujetos de la contienda: nos referimos a la dedicatoria que Sarmiento le hace a Alberdi en *Campaña en el Ejército Grande*. A partir de entonces, Urquiza y Alberdi se recortan como sus contrincantes. La provocadora dedicatoria encuentra respuesta en febrero de 1853 con la publicación de *Cartas sobre la prensa y la política militante*, que, junto con otro folleto, también de Alberdi (*La complicidad de la prensa en las guerras civiles de la República Argentina*), son conocidas en la actualidad como las *Cartas Quillotanas*. Estas cartas fueron contestadas por Sarmiento en lo que se conoce, hoy, como *Las ciento y una*.³

EL ENTRAMADO DE LA POLÉMICA

Uno de los ejes vertebrales de esta polémica es político: quién detenta el poder, cómo se lo redistribuye luego de la caída de Rosas, quiénes van a construir la nación y para quiénes, sobre qué bases político-ideológicas se asentará un nuevo orden. Estas cuestiones hacen emerger dos operadores del discurso periodístico / literario⁴ de la época: «la elaboración de una programática»⁵ y «la instauración de un orden».⁶

La exigencia, por parte de Alberdi, de una prensa «civilizada», que sea un órgano de paz y de construcción, implica la convicción de que se abre para la Argentina una nueva hora, un nuevo orden, y esto exige variar las antiguas prácticas. Por supuesto que su adhesión a Urquiza hace que la defensa de estos principios sea, decididamente, política y, por lo tanto, más enardecida la lucha con Sarmiento. Este, por su parte, no advierte la necesidad del corte y del cambio que Alberdi propone respecto de la modalidad sobre la que se debe realizar la prensa, dado que lee una continuidad histórica entre Rosas y Urquiza, en los mecanismos de imposición y de administración del poder: ambos son bárbaros tiranos. De este modo, en los albores del período pos Caseros, los dos escritores llevan hacia afuera del territorio las discusiones argentinas y funcionan en sintonía con ellas: Sarmiento enrolado en la defensa de Buenos Aires y Alberdi como sostenedor de la causa de la Confederación.

Junto con esto, se advierte, claramente, cómo la oposición civilización / barbarie teje las relaciones históricas, sociales y culturales que estos discursos pronuncian: la civilización, la educación como valores que la prensa debe desparramar, porque de lo contrario se vuelve bárbara; el rótulo con el que Alberdi apunta a Sarmiento (gaucho malo de la prensa) habla del lenguaje de la barbarie instalado en el periódico. A su vez, el rescate que el tucumano hace de los gauchos y la posición que asume respecto de la importación de saberes para su posterior aplicación; la resemantización que efectúa del campo y de la ciudad a la luz de la oposición sarmientina. Paralelamente, la oposición entre estudio y saber que Sarmiento sostiene para confrontar con el «Doctorcito» Alberdi; la oposición alberdiana de trabajo y de educación que se vuelve implicancia en Sarmiento; la férrea defensa de sus postulados facúndicos y la convicción de que en ese momento los caudillos bárbaros vuelven a instalarse en el poder para destruirlo todo. Estos son algunos de los muchos aspectos que podrían señalarse para evidenciar la circulación de la oposición civilización / barbarie.

Tanto las *Cartas Quillotanas* como *Las ciento y una* patentizan cómo el discurso periodístico / literario de la época se presenta como un gran campo de batalla donde se sostienen varios frentes de ataque. Inmediatamente, esto nos remite a otro de nuestros operadores: la discusión con el otro.⁷ Este operador no solo demarca posibilidades del decir / escribir, sino que instituye una forma discursiva predominante en la época: la polémica que, siguiendo a Marc Angenot (1982), es un tipo de discurso entimemático doxológico, en tanto se compone de enunciados que no pretenden plantear temáticamente los principios reguladores de los cuales derivan y que determinan su inteligibilidad. Los textos producidos por Sarmiento y por Alberdi en Chile, en 1853, son cartas polémicas, un tipo textual que abunda en los periódicos del período. Ambos textos están contruidos sobre la presentación / construcción de su contradiscurso antagonista, vivo en la propia trama discursiva. De esta forma, se apunta a una doble estrategia: demostrar una tesis y descalificar la ajena. Veamos de qué manera se despliegan las estrategias polémicas en *Las ciento y una*.

Una primera cuestión es que las cinco cartas que componen el volumen montan una escenificación de la disputa. Sarmiento le adjudica a Alberdi, en la primera carta, haber escrito un «libreto de ópera»; en la segunda, lo refuerza, y agrega que se trata de una «operilla», de una «ópera bufa». Esta es la lectura que hace Sarmiento de las *Cartas Quillotanas* y, fiel a esa lectura, desplegará en cada una de sus misivas los actos de esa «ópera bufa» desde la que descalificará a su contrincante. De este modo, arma un escenario: el duelo al que Alberdi lo ha retado en el marco de disputas personales, políticas y estéticas.⁸ Así, abre su primera carta con el tono melodramático:

En la olla podrida que ha hecho Ud. de *Argirópolis*, *Facundo*, *La Campaña*, etc. etc. condimentados sus trozos con la vistosa salsa de la dialéctica saturada de arsénico, necesito poner orden para responder y para restablecer cada cosa en su lugar (Sarmiento, [1897] 2007: en línea).

Por el escenario va a hacer antagonizar a los dos contendientes de la polémica, aunque también desfilan otros actores (Monguillot, por ejemplo) o voces no identificadas. La idea de armar la liza de la disputa y de desplegar el juego pasional se condice con los subtítulos que algunas cartas llevan, como si se tratara de actos de una pieza

dramática: la segunda, «Y va de zambra»;⁹ la cuarta, «Sigue la danza – Baila Alberdi»; y la quinta, «¡Ya escampa! Maulas de Alberdi».¹⁰

La ópera bufa, entonces, está en marcha como operación para contraargumentar. De este modo, las citas que hace Sarmiento de los textos de Alberdi –que en varias oportunidades no serán tales, sino glosas o repeticiones de memoria de la palabra del otro– están enmarcadas, muchas veces, por una suerte de acotación escénica: «¿Queréis verlo repantigarse más a este perro de todas las bodas en política?» (Sarmiento, [1897] 2007: en línea). O, también, por el aparte: «Su carta principiaba así: “Aun no he pensado lo que haré respecto al empleo de que ud. me habla y que me ha tomado de sorpresa (¡qué tuno!)...”» (Sarmiento, [1897] 2007: en línea). El montaje, entonces, lleva a la sucesión y a la intercalación de relatos, comentarios, citas, glosas, notas a pie de página, paréntesis. Esto hace Sarmiento hasta la exasperación (aunque también Alberdi emplea muchos de estos recursos, pero de manera más ortodoxa y prolija).

En este montaje –que se asemeja al pastiche en muchos pasajes– se manipula la voz del otro, se refuta y se refuerza la propia tesis. Sin embargo, el propio Sarmiento se lo adjudica como mecanismo excluyente a Alberdi: «¿Por qué no citó un trozo de *Argirópolis* para contraponer al del *Facundo* citado? Este es el secreto y la habilidad del redactor de escritos de traslado en los pleitos» (Sarmiento, [1897] 2007: en línea).

En cuanto a los polemistas que construye, Sarmiento, en un principio, opera sobre la base de la calificación que Alberdi ha establecido (implícita y explícitamente). Así, tenemos:

SARMIENTO

sin estudios
gaucho malo de la prensa
vive de un sueldo

ALBERDI

profesional
abogado
nada en riqueza

Esta primera oposición, desfavorable a Sarmiento, irá variando: se emplearán estrategias para resemantizar los términos, para invertirlos y para incorporar otros. De este modo, ingresa a la polémica una axiología sostenida desde la calificación disfórica hasta el insulto directo. En este sentido, a lo largo de *Las ciento y una* podemos

relevar las siguientes designaciones despectivas de Alberdi: «doctorcito», «truchimán», «perro de todas las bodas», «tunante», «tuno», «abogadillo», «pillo de la prensa periódica y del panfletico de circunstancia», «hipócrita», «tonto estúpido», «hi. de p. que lo tiró de las patas», «saltimbanqui», «insolente deslenguado», «raqúitico, jorobado de la civilización», «entecado que no sabe montar a caballo», «mujer por la voz», «conejo por el miedo», «eunuco por sus aspiraciones políticas», «bodegonero», «dispensero», «mayordomo» y hasta un eufemismo de prostituta.

La descalificación del contrincante es, como podemos apreciar, absoluta y abarca todos los aspectos y los ámbitos. Sarmiento entiende que debe ser así para que no haya otra posibilidad que la victoria en esa lucha de palabras y de posiciones. Él mismo lo expone en la cuarta carta en la que hace «bailar a Alberdi» (y no podemos evitar aquí la reminiscencia de *La refalosa* ascasubiana):

Me defiendo, pues humildemente, rebato los cargos como Dios me da a entender, rectifico los hechos mal expuestos, repongo los suprimidos, restablezco fechas, aumento la colección de las cartas publicadas con inéditas, y hago cuanto el instinto de la conservación, poderoso en los animales, me sugiere para conservarme (Sarmiento, [1897] 2007: en línea).

Desde el discurso descalificador del contrincante, que vehiculiza la discusión con el otro, emerge la posibilidad del humor. Fundamentalmente, se trata de ponerlo en ridículo, de mofarse. Sarmiento desprende en la primera carta una nota a pie de página del término «minotauro» empleado en la siguiente cita que extrae de Alberdi: «El escritor de este género, el caudillo de la prensa, libre como el minotauro de nuestros campos, embiste a la academia» (Sarmiento, [1897] 2007: en línea). En esta nota a pie se ríe de la siguiente manera:

El minotauro trasladado a América ha tomado otros hábitos que los que tenía en Creta. Allá no salía al campo, se mantenía en un palacio. ¿Se estudiaba así la mitología o la retórica en la clase de derecho? Libre cual minotauro pasaría ajustadito. Pero ¿cuál es el minotauro de nuestros campos? ¡Que barbaridad tan de gaucho bueno y tan luego en defensa de la academia! (Sarmiento, [1897] 2007: en línea).

El mote de «gaucho malo de la prensa» que Alberdi le enrostra lo irrita, pero, rápidamente, lo asume para darle un contenido de acuerdo a sus fines: lo es en tanto lo inspira un «entusiasmo rebelde a toda disciplina», con lo que se opone a Alberdi por su espíritu acomodaticio; por eso, el contrincante es el «pillo de la prensa», un Fausto pampeano que vende su alma a los intereses espurios. A tal punto toma el mote que cierra la cuarta carta con estas palabras: «Nada de formas: al grano. Al grano voy también luego. “Gaucho malo”, le he de galopar al costado un año, si necesario fuere, si no se levanta el sitio de Buenos Aires» (Sarmiento, [1897] 2007: en línea).

Todos los epítetos que Sarmiento arroja en sus cartas, las frases hechas tomadas del lenguaje cotidiano y popular, ponen en evidencia la concepción de lengua literaria que tiene: improvisación sin arte, sin reglas, pero fruto de profundas convicciones, escritas con amor, con corazón, «aunque rabie Garcilaso». Este es un punto central sobre el que se discutirá: cuáles son los límites de la lengua literaria / periodística, en general, y de la polémica, en particular. Sarmiento no puede escribir sino desde el calor de su lenguaje (que es lo que le recrimina Alberdi) que hace al entusiasmo de su alma; es decir, no hay límites. Para Alberdi, en cambio, esto equivale a la prensa bárbara, fruto de lo irracional y lo puramente emocional. Sarmiento ve en el estilo alberdiano el cálculo y el sigilo del envenenador, del asesino que premedita, una razón que mata. Así, opone razón / cálculo / impostura / muerte a corazón / espontaneidad / sinceridad / vida.

Este enfrentamiento en las visiones sobre la lengua es una de las razones que lleva al disenso sobre el periodismo y los periodistas. Al respecto, lo primero que debemos decir es que Sarmiento trata de regresarlo a Alberdi al terreno del periodismo. Es decir, su contrincante en sus *Cartas Quillotanas* intenta zafar y se reubica en un campo más amplio: desde las letras, en tanto abogado, aporta una propuesta de construcción de la nación (las *Bases*). Sin embargo, Sarmiento reconstruye su trayectoria y le da inicio y continuidad a su actividad periodística. Aunque, en realidad, lo hace para mostrar que pertenece a un género más complejo: abogado-periodista; es decir, aquel que usa de la prensa para ventilar y para presionar a jueces y a público. Entonces, Alberdi es tan periodista como Sarmiento pero –como lo indica en *Las ciento y una*– hay que distinguir entre periodistas y periodistas. Sarmiento vende renglones; Alberdi, en cambio, vende su alma, sus convicciones: es un periodista alquilón.

De qué discuten, entonces. En este punto, de los alcances del ejercicio del periodismo. Se trata de una profesión, de un oficio en la medida en la que se hace desde el corazón y sin venderse al poder de turno. La discusión gira en torno a la relación entre

escritura pública y praxis política, entre prensa y Estado. Así, en esta oportunidad, Alberdi parece decir desde Quillota que la prensa debe supeditar su discurso al del proyecto del gobierno, a las directrices del Estado; Sarmiento, en cambio, defiende el espacio de libertad y la voz propia. Más allá de esto, que es coyuntural, lo que sí podemos plantear es que Sarmiento está hablando del periodismo como la escuela del escritor, de un espacio en el que se desarrolla y se moldea una lengua literaria propia. Por eso, va a plantear que él, más que periodista, es escritor: tiene escrito libros y no periódicos, aunque los primeros hayan aparecido en los últimos. Así, entonces el periódico es el marco en el que la literatura, en tanto ideas, emerge y circula.

Aquí aparece otra polémica: la legitimidad de la escritura pública cuando se produce y se asume como «caja de resonancia» la hoja periódica. Sobre esto, parece decir Sarmiento: mis textos no son mera obra circunstanciada sino fruto de la meditación y del estudio. ¿Cuál es el problema de haberlos publicado primero allí que en libros?, ¿haber sacado a la luz folletos y no libros? Esto aparece cuando intercala citas de un artículo aparecido en Mendoza, en el que supuestamente alguien lo acusa:

Escriba el señor Sarmiento un tratado de legislación y de administración (cosa que solo Alberdi puede escribir) y entonces lo apreciaremos; pero mientras escriba folletos los hemos de calificar de infames y a él lo hemos de despreciar (Sarmiento, [1897] 2007: en línea).


En este fragmento, solo el libro es el portador de un saber de la ciencia y apto para el progreso y la civilización; el folleto es mero elemento transmisor de la barbarie porque obedece a las pasiones. Sin embargo, la máquina de escribir sarmientina demarca las diferencias: publicar en forma periódica (en un periódico) no equivale a renunciar a «la creación especial para un objeto único de la mente del autor». Por lo tanto, folleto / folletín o libro, no importa la manera de emitirlos sino la conciencia de autor, el plan, la originalidad en el planteo, el lenguaje propio, auténtico del corazón.

CIERRE

En la polémica descrita se evidencia que el periódico es la palestra para que emerja el escritor, el combatiente, el hombre de estado, el educador. Sarmiento opera esta relación causal desde su aceptación gustosa del oficio periodístico y, a la par, de su reducción a maestro de escuela: es decir, un educador capaz de ser medio de civilización en todas sus facetas, de aquel que enseña el silabario porque maneja la lengua mejor que nadie. El fragor y el ajetreo de la publicación periódica es lo que ha consolidado su habilidad y su versatilidad en la escritura.

Tengo muchas plumas en mi tintero. Téngola terrible, justiciera para los malvados [...] encomiásticas para los hombres honrados [...] severa, lógica, circunspecta [...]; téngola burlona para los tontos, pero para los que a sabiendas disfrazan la verdad, para los sofistas, para los hipócritas, no tengo pluma, tengo un látigo y uso de él sin piedad (Sarmiento, [1897] 2007: en línea).

Dos veces, Sarmiento le recrimina a Alberdi diciéndole que, a diferencia suya, él no juega con las palabras. No lo hace porque para él se trata de algo serio: las palabras son las armas en el combate de las ideas. Las palabras son la carta de presentación de la habilidad del escritor; en ellas se juega la construcción pública del hombre, la incubación de las programáticas, la postulación del orden. En ellas se definen y se corroen los límites de la civilización y la barbarie, y con todos los tonos y los retazos se construye la literatura.

«Yo no juego con las palabras», escribe Sarmiento, y aclama el coro de las hojas periódicas que cruzan la patria de Rosas a Pavón. 

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALBERDI, Juan Bautista (1957). *Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina*. Buenos Aires: Estrada.

ANGENOT, Marc (1982). *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*. Paris : Payot.

BOCCO, Andrea (2004). *Literatura y periodismo (1830-1861). Tensiones e interpenetraciones en la conformación de la literatura argentina*. Córdoba: Universitas.

MOLINER, María (1998). *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.

REFERENCIAS ELECTRÓNICAS

ALBERDI, Juan Bautista [1897] (2003). *Cartas Quillotanas* [en línea]. Disponible en <www.biblioteca.org.ar/libros/88755.pdf>.

SARMIENTO, Domingo Faustino [1897] (2007). *La ciento y una* [en línea]. Disponible en <www.biblioteca.org.ar/libros/200185.pdf>.

NOTAS

1 El 24 de abril de 1842 se publica en *El Mercurio*, de Valparaíso, un opúsculo de Pedro Fernández titulado «Ejercicios de lengua castellana», precedido de un comentario provocador de Sarmiento. Andrés Bello, bajo el seudónimo «Un quídam», discute algunos de los conceptos vertidos por el argentino el 12 de mayo, en el mismo periódico. Sarmiento, a partir de este texto, sigue y profundiza la polémica en los artículos «Se contesta a un comunicado» (19 de mayo) y «Segunda contestación a un quídam» (22 de mayo). Bello no responde, pero sí lo hace un discípulo suyo –José María Núñez– que firma como «otro quídam». Sarmiento extiende la polémica con «El comunicado del otro quídam» (3 de junio) y «Los

redactores al otro quidam» (5 de junio). Al año siguiente, el sanjuanino presenta *Memoria sobre ortografía americana*, texto que genera nuevas polémicas sobre la lengua y que mantendrá desde las páginas de *El Progreso* contra opiniones vertidas en *El Mercurio*.

2 Esta polémica principia el 4 de mayo de 1842 con «Clasicismo y Romanticismo», publicado por Vicente Fidel López en *Revista de Valparaíso*, cuya respuesta la dará Salvador Sanfuentes en «El Romanticismo», publicado en *El semanario de Santiago*. A Sanfuentes se suma José Joaquín Vallejo, con otro escrito en *El Mercurio*. De ahí en más, se sucedieron varios artículos que continuaron la polémica firmados por Vicente Fidel López, por Sarmiento y por Antonio García Reyes. Los debates concluyen en agosto de 1842.

3 En realidad, Sarmiento publicó en el diario *El Nacional* cinco cartas abiertas en las que polemizaba con Alberdi. Estas cartas no fueron nunca reunidas por él en un libro (como si hizo su contendiente). La compilación fue pos mortem.

4 El concepto de operador periodístico / literario lo he desarrollado en *Literatura y periodismo (1830-1861). Tensiones e interpenetraciones en la conformación de la literatura argentina* (2004). Con este concepto me refiero a las finas hebras de sentido y de escritura que se constituyen como el núcleo básico generador de los discursos. Son los propios discursos, desde una dinámica relación con lo social, los que, en definitiva, ejecutan, seleccionan y otorgan el carácter de narrable / decible / escribible a estos operadores. Cuando planteo que son los mismos discursos los que producen y los que fijan los operadores, no establezco una fundación per se, ni le otorgo un carácter ontológico a la configuración discursiva. Aclaro que esto se produce en el marco de una relación dinámica con lo social: por una parte, las demandas y las restricciones de los distintos dominios de lo social presionan sobre la formación de cada operador y le otorgan un sentido histórico indeleble; pero, a la vez, los mismos operadores generan y alimentan el imaginario social. En el discurso periodístico / literario entre 1830 y 1860 encuentro la existencia de cuatro operadores centrales: la discusión con el otro, la elaboración de una programática, las posibilidades del humor y la instauración de un orden. Para ampliar estos planteos, ver Bocco (2004).

5 La escritura pública decimonónica, permanentemente, despliega y propone programas de construcción de la nación, de creación de una lengua, de una

literatura, de una cultura nacional, entre otras. Así, programáticas políticas, estéticas, lingüísticas, étnicas, etcétera, se lanzan desde diferentes hojas periódicas y se entraman, a veces con beligerancia.

6 La producción periodística / literaria de mediados del siglo XIX debate discursivamente cómo organizar el país, desde diferentes proyectos que se comprometen pasionalmente con su propuesta. Hay allí una disputa por el orden. En el cómo y el qué se estructura de la nación emergente, discurren distintas visiones del orden e, incluso, de órdenes diferentes.

7 Este operador reconoce, por una parte, un modo de funcionamiento del sistema periodístico/literario del siglo XIX (por lo menos hasta la aparición del diarismo): una gaceta sale a la luz para refutar los dichos de otra gaceta. En términos generales, cada periódico genera el rechazo y la impugnación de otros, lo que genera una discusión que se mantiene con el correr de los números. Como se observa, la discusión con otro es un mecanismo discursivo, además de un eje temático.

8 Sarmiento insiste, del mismo modo que Alberdi, que no ha sido él quien inició la polémica.

9 La zambra, según el significado que de ella da María Moliner, es «una fiesta bulliciosa con baile, promovida por gente que se divierte o también que está riñendo» (1998: 1.572, Tomo II).

10 Moliner, asienta que «¡Ya escampa!» es una suerte de cifra de un dicho más largo «¡Ya escampa... y llovían guijarros!» que indica, en tono irónico, que se está armando otra vez la riña (1998: 1.172, Tomo I).